

DR. A. GARCÍA MUÑOZ
De la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas

DIVAGACIONES
SOBRE
PSICOPATOLOGIA POETICA

*Conferencia pronunciada en el Círculo Filipino, de Madrid,
el día 15 de abril de 1953*



PUBLICACIONES
DEL
CIRCULO FILIPINO
MADRID

CONSEJO DE PUBLICACIÓN:

Presidente: Doctor don José P. Bantug,
Agregado Cultural de la Embajada Filipina en Madrid

Vocales: Doña Adelina Gurrea Monasterio,
Secretaria del Círculo Filipino.

Don Florencio Llanos Borrell,
Presidente de la Sección de Literatura del Círculo.

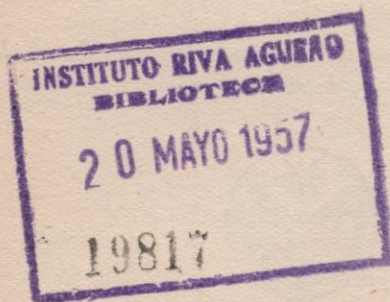
DR. A. GARCÍA MUÑOZ
De la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas

DIVAGACIONES
SOBRE
PSICOPATOLOGIA POETICA

*Conferencia pronunciada en el Círculo Filipino, de Madrid,
el día 15 de abril de 1953*



PUBLICACIONES
DEL
CIRCULO FILIPINO
MADRID



ES PROPIEDAD

Aunque esta conferencia no guarda relación con tema alguno referente a Filipinas, ha sido acogida en esta tribuna porque sus motivos artístico-científicos entonan con la labor cultural que viene realizando el Círculo Filipino. Y al recordar este hecho es justo rendir homenaje a Adelina Gurrea, la ilustre secretaria de la entidad, pluma excelsa, y *alma mater* de esta casa, e incansable luchadora en su favor. Por otra parte, los temas relativos a la Poesía hallan siempre hospitalidad en este centro, en el que viene desarrollando sus sesiones el grupo poético de «Adelfos» y continúa su infatigable esfuerzo el gran poeta y amigo Florencio Llanos, Presidente de la Sección de Literatura del Círculo. Estas son las razones que, si no justifican, a lo menos disculpan nuestra presencia en esta tribuna. Y entremos adelante sin otro preámbulo.

En la literatura poética hállanse curiosos atisbos psicopatológicos que tienen tanto más valor en razón de la falta de preparación técnica de sus autores, los cuales no necesitan, en la mayor parte de los casos, asomarse a la Psicología médica ni a la Psiquiatría para dar en el blanco en sus escritos. Y esto sucede porque los poetas son gente intuitiva, dotada de doble vista. Se mueven con soltura en zonas donde los carentes de sentido poético caminan aún con las ma-

nos extendidas para no tropezar. Después, esas verdades que ven y comprenden sin que nadie se las haya enseñado, son expuestas en bella forma. De tal modo que la Poesía, a más de perfumada estela de palabras, que la Humanidad va dejando tras de sí a su paso por el mundo, es al propio tiempo venero de profetas, clarividentes e iluminados.

Véase, por ejemplo, este soneto de Francisco Villaespesa, poeta cuyos méritos están al margen de toda discusión y los cuales no vamos a entrar a analizar ahora:

P E S A D I L L A

¿Di, no has sentido, a medía noche, un leve
rumor furtivo, como si anduviera
alguien descalzo? ¿No advertiste un breve
mirar que iluminó tu cabecera?

(Pasa una mano rápida, de nieve,
electrizando nuestra cabellera,
y algo que es boca y no lo es, se bebe,
con nuestro aliento, nuestra vida entera).

Hacemos luz... Un fugitivo ruido...

Aún la cortina blanca se estremece
y algo se va apagando por la alfombra.

¿Quién, al reflejo de la luz, ha huído?
¿Sombra de un sueño que se desvanece,
o sueño fugitivo de una sombra?

No es totalmente desacertado el título, si se considera el contenido de este soneto en el sentido de ensueño angustioso; pero lo que, en mi criterio, contiene verdaderamente esta poesía es un perfecto y acabado ejemplo de imagen onírica, que responde a todas las necesarias condiciones (estado de ofuscación de las funciones intelectuales; ser aceptada, siquiera sea momentáneamente, como una reali-

dad tangible; no acusarse con demasiada nitidez, pero ser, en cambio, muy plástica, inestable y movediza, no ajustándose a las normas de la lógica). Estas imágenes oníricas constituyen el material para los delirios oníricos, propios de los estados toxiinfecciosos, entre los cuales figura el alcoholismo. Quién sabe si una pasajera fase de enofilia pudo haber sido el motivo circunstancial origen del soneto que se comenta; condición que, aun en el caso de haber concurrido, en modo alguno resta mérito a la clarividente creación.

De un joven poeta contemporáneo, Alvaro Jiménez Casado, y de su libro *Agua nueva* (Madrid, 1949), he seleccionado el ejemplo siguiente, que lleva, como el anterior, el título de

P E S A D I L L A

Pesa la habitación sobre mis ojos,
vacíos de aire los silencios grises.
Yo sé que estoy dormido y se me ahoga
la sangre en la mentira de mis sueños.
La cortina del párpado cerrado
guarda el terror de la mirada quieta.
¡Qué lejos de la costa salvadora
del despertar, tan fácil e imposible!
Tic tac de corazón. Péndulo y gota.
¿Cuál es verdad, Señor? ¿La teoría
del roce de la sábana, o el nudo
sincero de esta vida involuntaria?
Duele la oscuridad sobre mis ojos
que no pueden abrirse. Busca el aire
romper la cárcel del cristal opaco.
Abejas de silencio en los oídos...
La larga carretera sin llegada
corriendo siempre sin ganar un paso.
Angustioso pudor de alma desnuda
y el muro, el muro siempre, el muro quieto...

Lo que parece describir aquí el autor es un estado intermedio entre la vigilia y el sueño. O acaso se trate de un verdadero ensueño, en el cual el sujeto tiene conciencia, no de su propio yo, sino de la serie de circunstancias que caracterizan a dicho ensueño. La actividad psíquica—y esto se echa de ver claramente en el ejemplo citado—carece de la precisión en el engranaje asociativo, típica de la vigilia. Incluso se advierte un cierto matiz angustioso, por lo que el título de «Pesadilla» parece mucho más adecuado que en el primer ejemplo.

En cambio, esta otra pequeña composición original de Emilio Carrere, lleva un título hartamente confuso—«Alucinación»—, habida cuenta del contenido de la misma. Claro está que es una poesía entresacada de un libro de versos de juventud y que el propio autor confiesa, a propósito de ellos, ser «poemitas falsos». Me parece más bien un capricho imaginativo que traduce (o intenta traducir) íntimas y confusas sensaciones. Ustedes juzgarán:

A L U C I N A C I O N

Por no poderla olvidar
metí una bala en mi sien,
y a mi ataúd, amorosa,
se acercó la amada infiel.
«Te amo—exclamó—; ven conmigo.»
Y al hechizo de su voz
de su hondo sueño de muerte
mi corazón despertó.
¡Pero otra vez me ha burlado
su boca, flor de crueldad!
Me resucitó tan sólo
para volverme a matar.
Al despertar vi a la lívida
Locura, tras mi vitral...

Evidentemente, la poesía en cuestión se refiere a un sueño o a una fantasía del poeta. Pero sólo los dos últimos versos pueden aludir al trastorno sensorio-perceptivo a que el título alude. Si realmente es una alucinación lo que se intenta describir, sería, en todo caso, una alucinación visual, en el curso de un estado hipnagógico, intermedio entre la vigilia y el sueño.

Correspóndele ahora el comentario a una composición de César González Ruano, a quien ya me he referido en otra ocasión. En pocos versos acierta este autor a plasmar plenamente y con elegante atuendo literario lo que es una

O B S E S I O N

Creces, obsesión mía, como un terco
animal que se come la memoria
y en ella te desnudas sabiamente
de tu mentira primitiva y débil,
de tu invención sin drama todavía
hasta ser ya verdad, hasta mirarte
como única verdad cierta y secreta
de mi Yo clandestino, avergonzado
que goza de su incógnito absoluto,
feliz entre su infierno y los dolores
de tu hermoso dictado tenebroso,
allí, donde conmigo y sin pareja,
tengo hijos de mí propio pensamiento.

La idea parásita que constituye el *substratum* de la obsesión es comparada felizmente por González Ruano a un «terco animal». Y es realmente una obsesión, ya que responde a condiciones tales como la sobresaturación afectiva y la incapacidad para expulsarla del pensamiento. Por esto sólo,

podría acaso tratarse de una idea fija; mas el autor admite el carácter patológico del síntoma, al referirse a los dolores que le son inflingidos por el «dictado tenebroso» de su obsesión. La lucha para no dejarse arrastrar por la idea parásita es, quizá en este caso, un episodio anterior. El protagonista se pinta como vencido ya por ella, a ella entregado y hasta mostrando un cierto grado de patofilia o afición a su morbosidad cuando se reconoce «feliz entre su infierno».

El problema del subconsciente, que desde la irrupción de Freud en los predios de la Psiquiatría y la Psicopatología tanto había de preocupar a los hombres dedicados a estas disciplinas, levantando interminables polémicas que ni siquiera hoy, al cabo de los años transcurridos, se han llegado a apaciguar, es puesto ya sobre el tapete por un espléndido poeta mejicano, Amado Nervo, en cierta composición escrita el año 1916. Es curioso que en aquella época ya el autor conociera el problema bastante certeramente, tal como se deduce de la lectura del pequeño poema recogido. Toda vez que la primera traducción española de las obras de Freud aparece el año 1929, y la primera en lengua francesa el año 1922, hay que suponer que Amado Nervo debió leer la primera traducción inglesa, que vió la luz en 1914.

Aunque mi conjetura sea cierta, eran de todos modos los primeros tiempos en que se trataba de una cuestión tan abstrusa y difícil, y la somera cultura que el poeta—siendo, por otra parte, profano en los aspectos técnicos del problema—pudiera obtener de una lectura forzosamente superficial y en lengua extranjera, por añadidura, no basta para escribir

(a menos de estar dotado de maravillosas facultades intuitivas) con el rotundo acierto descriptivo que resalta en la siguiente composición:

EL SUBCONSCIENTE

Cada vida le ofrece su cosecha
y se extingue después.
Cada alma va hacia él como una flecha,
y en su gran alma, chispa nueva es.
Cada tránsito en él es enseñanza;
cada humana aflicción
una ala nueva, para su esperanza
de perfección.
El la clave posee de tu estado;
él ha pesado
cada deslíz;
él comprende por qué eres desgraciado,
por qué fuiste feliz.
Es el dueño y señor por quien laboras;
es tu conciencia; mas con vastedad
vertiginosa, él sabe cuanto ignoras
y lleva en sí tu eternidad.
El vela cuando duermes y en tu mente
es un genial relámpago, un tropel
de rimas, trémulo y resplandeciente.
Tú pasas, sí, mas él es permanente;
tú mudas, sí, mas él es siempre fiel.
Sólo vives para tu subconsciente
y mueres sólo para él.

Se ha dicho de Amado Nervo que «en el curso de su obra se aprecia el constante descendimiento de la revelación», y tales palabras parecen, ciertamente, algo más que una hipóbole a la vista de esa poesía. Apenas cabe hacer de ella un comentario, como no sea para elogiarla sin reservas. El autor ha conseguido plasmar en ella la tiranía que los es-

tratos subconscientes—esos bajos fondos de la personalidad—ejercen sobre el hombre y de qué manera mediatizan su vida, sabedores de todo lo que conscientemente ignora; haciendo también resaltar que en el subconsciente yacen experiencias de pretéritas edades, y cómo, vigilante perpetuo, jamás descansa, ni siquiera durante el sueño. Es, en suma, esta poesía un prodigio de clarividencia.

El trabajo que he emprendido es, en cierto modo, una labor antológica, de filtrado y tamiz, expuesta siempre a errores y la cual nunca se consigue hacer a gusto de todos. Bien sé que mirar desde una atalaya requiere amplísima visión—la que, desventuradamente, no poseo—; mas no me arredra lo árduo del empeño y sigo adelante. Así, del libro *Irremediamente* (1919), de la famosa argentina Alfonsina Storni, he seleccionado también un pequeño poema. Era una mujer extraordinaria que sintió, como Amado Nervo, la preocupación por el problema del subconsciente. Tenía Alfonsina alma de poeta y era muy culta, mucho más de lo que corresponde a una maestra rural, que era su profesión y su ambiente. Múltiples inquietudes, rara sensibilidad y finura perceptiva ante el universo circundante.

Pues bien, de tan singular poetisa es el siguiente soneto:

SUBCONSCIENCIA

Has hablado, has hablado y me he dormido.
Pero duermo y no duermo, porque siento
que estoy bajo el supremo pensamiento:
vivo, viviré siempre y he vivido.

Has hablado, has hablado y he caído
en un marasmo..., cede hasta el aliento.

Tiempo atrás, y en las sombras, me he perdido;
estoy ciega y no tengo sentimiento.

Como el espacio soy, como el vacío,
es una sombra todo el cuerpo mío
y puedo, como el humo, levantarme:
oigo soplos etéreos, sobrehumanos;
sujétame a la tierra con tus manos
que si el viento se mueve ha de llevarme.

En el soneto anterior de la Storni vuelve a salir a colación el carácter de perennidad del subconsciente («vivo, viviré siempre») y también la noción de las viejas y ancestrales experiencias («Tiempo atrás y en las sombras...»), tal como Amado Nervo había ya apuntado con notoria sagacidad.

Desde el punto de vista de la psicología instintiva, «introversión» viene a ser la proyección interior de los instintos sobre uno mismo. La libido es dirigida entonces hacia el mundo interno, es decir, el mundo de la representación, en lugar del mundo real. De Dionisio Ridruejo, joven y fecundo poeta contemporáneo, he seleccionado un interesante soneto relativo a este tema, publicado en su libro *En once años* (Madrid, 1950):

SOBRE LA ARENA (HABLO CON MI ALMA)

Ven, alma mía, y muéstrate, si ahora
parece eterno el fugitivo sueño
y el corazón sin ansiedad ni dueño
rinde en el mar su vocación de aurora.

¿Cómo podré sentirte? Ríe o llora,
sube a mí voz. ¡Oh, siempre acción, diseño!
¿Y no podré gozarte sin empeño,
tú de mi sola soledad señora?

Ya vagas con mi sangre entremezclada,
mas si te llamo, el mundo es quien acude
y se turba el angélico desierto.

Ya eres sólo dolor—¡oh, desterrada!—,
raíz del sol que el pensamiento elude
al sentirse inmortal y verse muerto.

Cuando la libido tiende hacia un objeto externo, existe el deseo de que se produzca una descarga motora; no así en la introversión, ya que el placer se encuentra en una respuesta imaginativa. Pues bien; Ridruejo ha conseguido pintar esta circunstancia cuando habla del «corazón sin ansiedad ni dueño»; también la ausencia de objeto externo del introvertido translúcese al considerar la propia alma, de su «sola soledad, señora». Incluso el afán de alejamiento del mundo de la realidad, característico de la introversión, es reflejado en la poesía transcrita cuando observa que al invocar a su alma «el mundo acude y se turba el angélico desierto». No cabe expresar de modo más bello ese solitario paraíso del introvertido que mediante la imagen «angélico desierto». Véase, pues, cómo los poetas son capaces de escribir—y describir—con raros acentos de plasticidad, sensaciones y sentimientos desconocidos, valiéndose únicamente de su poderosa intuición.

Una joven y extraordinaria poetisa mejicana, Guadalupe Amor, también proporcionará algún material para este trabajo. Es una mujercita valiente, llena de rebeldía—la santa rebeldía de la juventud, que Marañón considera deber primordial en esa etapa de la vida—. Según ella misma confiesa, «vivió intensamente, aceptando todos los placeres y todas las amarguras, sin miedo de la vida ni del aislamiento,

para, al cabo de algún tiempo, no tener más que el vacío en su haber...» Este fracaso de sus experiencias sintónicas con el medio ambiente parece como si la hubieran hecho volver sobre sí misma, y acaso por ello dice la autora textualmente que en sus temas poéticos «lo que menos cuenta es el mundo exterior». No es, por consiguiente, difícil hallar en su obra ejemplos de episodios introvertidos durante los cuales Guadalupe, siempre con cierto matiz angustioso, contempla su propio Yo. Tal como sucede en esta composición, tomada de su primer libro, *Yo soy mi casa* (septiembre 1946):

 Mi pensamiento, siempre tan constante,
 hay momentos que aterra por su hondura
 pues se agiganta en ritmo y en altura
 y provoca un infierno desbordante
 de angustiosa y caótica locura.

 Todo en él se proyecta con tortura,
 las ideas de atrás, pasan delante,
 los placeres se fingen amargura,
 las penas dramatizan el instante.

 En un desfile eterno y enervante
 van pasando las ansias de mi vida
 y comparten la lucha maldecida
 de esta gran pesadilla de mi mente,
 que piensa que no existe lo existente.

Ese carácter angustioso—o angustiado— que se advierte en las composiciones de Guadalupe Amor, me lleva a insistir en un tema muy propio de nuestro tiempo, la angustia. Como dice bien López Ibor, si bien el hombre ya experimentaba este sentimiento en otras épocas, al menos no se hablaba ni se escribía tanto acerca de él como en nuestros días.

La angustia de Guadalupe no me parece esa «angustia...

ambiental» resultado del medio nocivo en que vivimos y que constituye problema verdaderamente típico de nuestra época, ni siquiera la angustia como estado psicológico precediendo al pecado, según el punto de vista de Kierkegaard, sino, más bien, esa angustia que ha sustituido—en parte—al temor de Dios. Como apunta agudamente López Ibor, «el hombre contaba en otros tiempos con un sistema paliativo de la angustia, constituido por su idea del mundo y de su propio destino. La sociedad se transformó, aquel mundo de ideas periclitó y aquello fué un cataclismo». Véase cuán bellamente interpretada aparece tal catastrófica situación en la hermosa décima siguiente, tomada del libro de Guadalupe *Círculo de angustia* (enero, 1948):

En mí siempre el mismo tema:
el de la angustia redonda,
y es que mi razón ahonda
el centro de mi sistema.
Vivo un eterno problema:
a mí ser lo veo perdido.
¿Con qué fin habrá nacido,
si tan sólo es una sombra
a la que el vivir asombra
sin encontrarle sentido?

Son muchos los poetas—y no poetas, por supuesto—angustiados. Y no con esta angustia derivada de la falta de objetivo concreto en el mundo, de «desorientación existencial», si se me permite emplear ese giro, sino con esa otra angustia que forma el núcleo dinámico de tantas y tantas neurosis. Hasta el punto de que para algunos psicoterapeutas—como, por ejemplo, Karen Horney—cualquier síntoma neurótico será expresión de esa angustia básica. Por esta

razón, me decido a incluir aquí un soneto de mi propia cosecha, con la pretensión de dar en catorce versos un

CONSEJO AL ANGUSTIADO

Sentimiento es la angustia, tan corriente
que se parece al pan de cada día;
origen de tortura y agonía
para una enorme cantidad de gente.

Igual cuando radica en el ambiente
que si de afecto hostil procedería,
en el psicoanalista tú confía;
él posee recurso suficiente
para estimar el caso y comprenderlo.

No vaciles un punto, vete a verlo,
en él encontrarás la curación
una vez que el afecto, liberado,
se halle en algo consciente transformado
y se termine, al fin, la represión.

Siendo necesario hablar de psicoanálisis, como se ha visto al nombrar esta discutida técnica psicoterápica, no es posible silenciar el famoso «complejo de Edipo», o amor incestuoso del niño hacia la madre y odio al padre, cuya enunciación débese a Freud, como nadie ignora ya. El complejo, dice el propio Freud, es superado cuando el hombre acierta a casarse con una mujer como su madre, y la mujer con un hombre como su padre. Es una delicada al par que certera exposición de esta tendencia inconsciente la que deja translucir un lírico de tantos vuelos—y de ortodoxia católica inexpugnable—, como Gabriel y Galán en los siguientes versos:

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía

quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.

.....

Son estos versos el principio de la célebre poesía «El Ama», una de las más famosas del autor, con la cual mereció los honores de la flor natural en Salamanca el año 1901.

Y, en fin, antes de pasar a otro tema, no resisto a la tentación de intercalar dos sonetos propios como homenaje a Freud, sagacísimo creador de la técnica psicoanalítica, y también para romper una lanza contra los enemigos que le han combatido, algunos, como Emil Ludwig, negándole en redondo todo valor:

SONETO A FREUD

Del subconsciente, explorador sombrío,
descubriendo verdades escondidas,
devolviste la paz a muchas vidas
con astuta agudeza de judío.

Creando el Psicoanálisis, un río
de envidias o pasiones encendidas
se desborda, y entre idas y venidas
y dimes y diretes, surge el trío

Jung, Adler, Rank; freudianos disidentes,
mas sin dejar de ser nunca freudianos,
hombres pasmosamente inteligentes

siguen hoy revelando a los humanos
impulsos y deseos inconscientes
que mandan en neuróticos y en sanos...

LOS ENEMIGOS DE FREUD

Menospreciar a Freud está de moda
y el propio Ludwig dióle su lanzada.

(Es una posición desafortada,
insincera, cerril y hasta beoda.)

Puesto que la Verdad les incomoda,
pretenden triturarla y a la Nada
reducirla; dejar pulverizada
la obra en que Freud gastó su vida toda.

A veces, la verdad no es agradable,
pero mejor, no obstante, es conocerla
sin remilgos hacer de colegiala.

(No quieren admitir la obra admirable
y, como ciertas aves, por no verla
esconden la cabeza bajo el ala...)

Porque bien está discutir, aportar razones y experiencias, aclarar conceptos y completar nociones; pero negar a rajatabla cualquier clase de mérito a un hombre como Sigmund Freud, que, aun reconociendo las hipérboles y exageraciones en que ha incurrido (¡y a qué descubridor no le ocurre otro tanto!), y sus dogmatismos a ultranza, lo cual también sucedió a cuantos profetas predicaron una nueva doctrina, empero, no hay más remedio sino admitir que sus ideas han sido de las que mayor influjo han desarrollado en la evolución del pensamiento humano durante la primera mitad del siglo XX; negar su mérito, repito, a un hombre así, es fundamentalmente ridículo y grotesco.

Un poeta y pensador tan profundo e inquieto como Unamuno no podía faltar en esta selección. En su *Rosario de sonetos líricos*, escrito en los años 1910 y 1911, he hallado uno muy curioso titulado

NEURASTENIA

El toque del reloj de media noche
en el silencio, cuando todo escucha,

contando el vaciarse de la lucha
del tesoro vital, es un reproche
y una súplica: mira, es un derroche
de alma el que haces en la recia lucha;
de la natura la largueza es mucha,
pero se acaba, al fin; el resto en coche
sigue y no a nudo pie, deja llevarte;
ayer fué dulce sol de invierno y necio
lo perdiste, y Aquél que los reparte
con su dedo señala al que en desprecio
tiene su don, y esa señal es parte
al giro insomne del taladro recio.

Lo que más me llama la atención es el título: «Neurastenia». ¿Por qué motivo Unamuno le encabezó así? ¿Acaso porque desde que Beard describió el síndrome neurasténico, bajo el cual, en principio, se pretendió agrupar los más diversos cuadros neuróticos—e incluso neurológicos—, media humanidad fué rotulada de «neurasténica»? ¿Quizá porque, en virtud de ese mecanismo, fué la neurastenia enfermedad de moda al final del siglo XIX y comienzo del XX? No me parece verosímil que don Miguel de Unamuno, sagaz e inquisitivo, carácter recio y de cuerpo entero, fuese capaz de sucumbir a la sugestión de un nombre, por el simple motivo de ser llevado y traído por la moda. No; Unamuno era más amigo de llegar a la entraña de las cosas que todo eso.

Sin embargo, el contenido del soneto es bastante enigmático. No recuerda en absoluto lo que hoy entendemos por neurastenia o estados neurasténicos, es decir, cuadros de desfallecimiento del sistema nervioso ante fatigas o esfuerzos muy livianos, con signos de «agotamiento», en una palabra. El neurasténico tiene sensación de laxitud y de cansancio luego de cualquier intento de trabajo corporal o in-

lectual. Pues bien, el soneto de Unamuno parece como una reconvencción que hace el autor a un ser sumido en la apatía, que pierde el tiempo desperdiciando las horas del «dulce sol de invierno», tan propicias a la labor fecunda y creadora.

Pero, indudablemente, hay algo más en esta composición. Si se piensa con detenimiento en el asunto, es posible que el título de ella encierre un presagio o clarividente anticipación a posteriores adquisiciones de los científicos. En efecto, Freud había observado que muchos presuntos neurasténicos ofrecen sintomatologías no coincidentes con las de la neurastenia típica, en los cuales lo más destacado es el sentimiento angustioso. Estos cuadros, denominados por Freud «neurosis de angustia», serían, según él, la secuela de excitaciones sexuales frustráneas (*coitus interruptus*). Prescindiendo ahora de que me parezca más razonable y justo el término «parapatía de angustia» creado por Stekel—¡otro freudiano disidente, pero que nunca dejó de ser freudiano!—, en razón de que existe en tales casos un trastorno fundamental de la emotividad, precisa admitir que en el soneto de Unamuno la neurastenia que se pretende pintar tiene un matiz angustioso, en la persona que habla, por lo menos; además ese «vaciar de la hucha del tesoro vital», la alusión al «derroche», esa combinación de que, si bien «de la natura la largueza es mucha», «se acaba al fin», ¿no parecen verosímiles insinuaciones a propósito de la dilapidación de energías que realiza quien practica actos sexuales voluntariamente estériles? Tal es la exégesis que estimo más verdadera de esta composición.

Llégame ahora el turno a un poeta colombiano de final del

pasado siglo, José Asunción Silva (1865-1896). Muy notable, aunque en España poco conocido. El hecho de que se suicidase a los treinta y un años de edad, no puede ser explicado en modo alguno invocando desventuras y preocupaciones económicas que le empujasen a tan fatal resolución. Por mi parte, estoy firmemente convencido de que el suicidio es siempre un acontecimiento que cae de lleno dentro de la esfera de lo patológico. No existe desgracia ni catástrofe, económica o de otra índole, capaz de conducir a un hombre psíquicamente sano al trance de atentar contra su vida. El suicidio implica en cualquier caso la relajación de uno de los instintos básicos y fundamentales. Unamuno, tan serio y concienzudo, en cuyo reino—según frase de Cossío—estaba prohibida draconianamente la frivolidad, ha juzgado, no obstante, de ligero a este poeta cuando escribió en el prólogo a la primera edición de sus obras (1918) que José Asunción Silva «murió de tristeza, de ansiedad, de anhelo, de desencanto»; que «murió, tal vez, para conocer cuanto antes el secreto de la muerte y de la vida.. »

No; decididamente, no. El poeta colombiano murió porque, con toda probabilidad, se desarrolló en él una psicosis endógena, de tipo depresivo o melancólico. El suicidio, o la tentativa del mismo, son contingencias muy frecuentes y terribles en todos los estados depresivos y a cuya resolución extrema llega el enfermo a través de plan cuidadosamente premeditado, o bien de modo impulsivo y brusco, en un rapto de desaliento. La composición, que sólo en parte, se transcribe a seguido, es sumamente interesante en este sentido de descubrir ciertas honduras psicológicas del autor:

6

—¡Ese señor padece un mal muy raro,
 que ataca rara vez a las mujeres
 y pocas a los hombres, hija mía!
 Sufre este mal: Pensar... Esa es la causa
 de su grave y sutil melancolía...
 El profesor, después hace una pausa
 y sigue... —En las edades
 de bárbaras naciones
 serias autoridades
 curaban este mal dando cicuta,
 encerrando al enfermo en las prisiones
 o quemándolo vivo... ¡Buen remedio!
 Curación decisiva y absoluta
 que cortaba de lleno la disputa
 y sanaba al paciente... Mira el medio,
 la profilaxia, en fin... Antes, ahora
 el mal reviste tantas formas graves,
 la invasión se dilata aterradora
 y no la curan polvos ni jarabes;
 en vez de prevenirlo los gobiernos
 lo riegan y estimulan,
 tomos gruesos, revistas y cuadernos
 revelan y circulan
 y dispersan el germen homicida...
 El mal, gracias a Dios, no es contagioso
 y lo adquieren muy pocos: en mi vida
 sólo he curado a dos... Les dije: «¡Mozo,
 váyase usted a trabajar de lleno
 en una fragua negra y encendida
 o en un bosque espesísimo y sereno;
 machaque hierro hasta arrancarle chispas,
 o tumba viejos troncos seculares
 y logre que le piquen las avispas.
 Si lo prefiere usted, cruce los mares
 de grumete en un buque; duerma, coma,
 muévase, grite, forcejee y sude,
 mire la tempestad cuando se asoma
 y los cables de popa ate y anude
 hasta hacerse diez callos en las manos
 y limpiarse de ideas el cerebro...!»
 Ellos lo hicieron y volvieron sanos...
 «Estoy tan bien, doctor...» «¡Pues lo cerebro!»

Pero el joven aquél es caso grave,
como conozco pocos.
Más que cuantos nacieron piensa y sabe,
irá a pasar diez años con los locos
y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
entre un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca.

Silva, como Unamuno, es de los que consideran una funesta manía la de pensar. Ignoro si tienen o no razón. Indudablemente es más asequible la felicidad a favor de una gran simplicidad psíquica y tanto más fácil de conseguir cuanto más horro de complejidades espirituales se halla el sujeto. Pero respecto a la psicopatía que en la composición anterior pretende describir el supuesto doctor a su hija, no es, a mi juicio, fácilmente encasillable. Griesinger había ya descrito psicópatas en los que existe lo que denomina la «manía de profundizar», a los cuales Kurt Schneider incluyó entre los «inseguros anancásticos». Bien pudiera ser uno de éstos, siempre en el caso de admitir la existencia de tales psicopatías, grupo que—en el sentido de Schneider—cada vez se va restringiendo más. El «círculo anancástico» parece más bien que daría lugar a trastornos de tipo *parapático* (obsesivos, angustiados), usando la terminología de Stekel. Sea de ello lo que quiera, intercalaré aquí un tremendo soneto esdrújulo de mi propia producción, en el que intento exponer con humorística intrascendencia un bosquejo de estos abundantes enfermos:

SONETO AL ANANCASTICO

Referirse al psicópata anancástico
por medio de un soneto cabalístico,
es un rasgo psiquiátrico-humorístico,
haciendo gala de lenguaje elástico.

Domínale la angustia como un drástico,
no se parece al esquizoide-autístico
y lo obsesivo es muy característico,
matizando el aspecto patoplástico.

La vista hay que afinar y el nervio acústico,
en la psicoterapia no ser rústico,
si se ha de establecer un fiel diagnóstico;
y estrategia tener médico-artística,
pues no podrá lograr un buen pronóstico
quien se contente con verdad sofística...

Volviendo a José Asunción Silva, más clara aparece la cuestión—desde un enfoque psicopatológico—en otra poesía del mismo autor, que forma parte de su colección *Gotas amargas* (sobre las cuales volveremos más adelante), la titulada:

EL MAL DEL SIGLO

EL PACIENTE:

—Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo... El mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia,
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

EL MÉDICO:

—Eso es cuestión de régimen: Camine
de mañanita, duerma largo, báñese,
beba bien, coma bien; cúidese mucho:
¡Lo que usted tiene es hambre!

Llama a esto el poeta «el mal del siglo», aunque más razonable y cercano a la verdad hubiera estado haciendo un diagnóstico a base siquiera de la tan discutida neurastenia. Porque «hambre», desde luego, no es el mal que aqueja ese pobre paciente; ni aun «hambre de eternidad», como sugiere Unamuno en el prólogo de la obra de Silva, ya aludido aquí. Oyendo explicarse a ese sujeto creo que su trastorno encajaría bastante bien en el de esos psicópatas disfóricos, de colorido depresivo, con pesimismo que impregna todas sus vivencias, agobiados por sentimientos de amargura, de ánimo sombrío, producto del sin fin de cavilaciones que los abruma. Ese «desaliento de la vida» constituye clara estampa de psicopatía deprimida; y ¿quién sabe si ese mismo diagnóstico no será el que en verdad corresponda al pobre poeta suicida y sirva para explicar su lamentable decisión?

A Juan José Domenchina—cuyos son los ejemplos que siguen—, un crítico sereno, como Díez Canedo, le ha comparado al Goya de los «Caprichos» por sus versos de durísimo perfil aguafortista. Llama Domenchina a las cosas por su nombre, no importándole cuán áspero éste pueda ser. Se complace en el análisis—siempre poético—de cuadros declaradamente patológicos y no vacila nunca ante lo morboso ni ante la sequedad de un término técnico. De su libro *La corporeidad de lo abstracto* (Madrid, 1929) es la siguiente composición:

El Alcoholismo y la Epilepsia
 hubieronle en rápido coito.
 Enfermo nato, la dispepsia
 es de sus males el introito.
 Agrias la boca y la pupila,
 cerrado el ceño y el perfil adusto.
 Torvo, corvo y enclenque, le horripila
 la sangre; es blanco y débil, como el Susto.
 Sin embargo, es enófilo, y el vino
 arma de odio su brazo pusilánime,
 que al dar la muerte, ensaña, y, sin tino,
 siembra metal en la materia exánime.
 Mas ¿quién le juzga, si hace de su tesis
 —el atavismo—plúmbeo parapeto,
 y rezuma atrición—la diaforesis—
 este hombre alcohólico y analfabeto?
 El masca eternidad porque es un brote
 de la Naturaleza; agrio motivo,
 ubicua esencia, perennial azote...
 Se le quiebra la tráquea en el garrote
 y se descuelga al punto, redivivo...

La de estos criminales, que suelen acabar su carrera —como describe Domenchina—en el cadalso, sí que es una adecuada visión de psicópatas excitables o irritables, entre los cuales reclútase buen número de asesinos. Toda la descripción es viva y certera; acaso el adjetivo «enclenque» no sea el más propio, pues aunque se ven en esta categoría de psicópatas tipos constitucionalmente asténicos, más veces se tratará de atléticos, si bien con aparato vascular muy lábil. Son esos sujetos que erróneamente se han denominado algún tiempo «epilépticos afectivos». En cualquier caso, estas personalidades explosivas se hallan dentro de los límites de las constituciones ictafines (Mauz). El papel de la herencia suele ser bastante destacado y no pocas veces la excita-

ción de estos sujetos se empeora y adquiere una especial tonalidad por la influencia del alcohol (borrachera patológica).

Sin dejar de la mano a Domenchina, se puede lanzar ahora una ojeada al espinoso capítulo de la Psicopatología que trata de los trastornos del instinto sexual. Véase, del citado autor, otra composición tomada del mismo libro:

LA PERTINACIA

La ninfómana caduca
—el útero y la peluca—
a toda hora nos rodea,
nos fastidia y nos desea.
Como la areola al pezón,
circúyenos su obsesión
—la que nos clava en las hocas
mejillas sus besos-moscas—.
Una, y otra, y otra vez...
¡No estalla su gravidez!
¡Siempre con su andar de grulla
y su ritmo de aleluya!
¡Espasmos de la neurosis!
¡Sollozos de la adiposis!
Y el senil y agrio síseo
pertinaz de su desco...

Glosa de sabor tragicómico de esa exageración del instinto sexual en la mujer. Claro es que sólo en la mujer envejecida (ya dice Domenchina «ninfómana caduca»), por lo cual no es únicamente la exageración morbosa de la libido, consecutiva a una constitución psicosexual predominante, lo que describe, sino también ese espectáculo triste que Juarros denominaba «la tragedia bufa de las viejas como loros, vestidas de adolescentes, con sus arrugas llenas de carmín y sus

ojos marchitos, desmayados sobre las bolsas fofas de unas ojeras artificialmente oscuras». No es la ninfómana descrita por Bloch, Trélat y los hermanos Goncourt, hiperestésicas sexuales, verdaderas andrómanas—la emperatriz Mesalina que pintó Juvenal—, tan dominadas por sus apetitos que hacen de ellos el único objetivo de sus lamentables vidas, sino esas otras en la fase final, ancianidades grotescas que no se resignan a la renunciación, supremo deber de la vejez, que no siempre las influencias patológicas permiten cumplir dignamente.

Pero si la auténtica ninfomanía suele ser rara, en cambio, su antítesis—o sea la frigidez—no lo es, antes al contrario, se ve muy a menudo en la clínica. Es la frigidez una categoría de hipoestesia e incluso anestesia sexual, mucho más frecuente en la mujer que en el varón; trastorno de índole parapática (Stekel), cuya abundancia en nuestra época depende de motivos psicógenos, factores culturales y otros que no es ahora ocasión de exponer. Y sólo en cierto modo se puede considerar esta alteración antítesis de la ninfomanía, ya que se ven a cada momento «falsas ninfómanas», que no son, en fin de cuentas, sino desgraciadas anestésicas, cuyas repetidas experiencias sexuales obedecen a la busca infructuosa de una satisfacción que ningún hombre ha conseguido proporcionarles. A estas pobres mujeres va dedicado un soneto mío a continuación:

FALSAS MESALINAS

¡Mesalinas de pega! (Treinta amantes
—desde el hombre maduro hasta un mozuelo—
las poseyeron... Hembras siempre en celo,
para ingenuos, con rango de bacantes...)

Pero, igual que Don Juan, ni ahora ni antes
lograron que el amor colme su anhelo;
tan sólo displacer y desconsuelo;
guijarros, donde fueron por brillantes...

Llamarlas libertinas es sarcasmo,
pues que no han conocido ni un orgasmo
en tanto ayuntamiento repetido.

(Y es que en las femeninas frigideces,
aunque haga la lujuria mucho ruido,
es siempre más el ruido que las nueces...)

La frigidez femenina es fenómeno ya observado en tiempos pretéritos. En este sentido, me parece útil recoger otro soneto:

Rompe una peña el agua cuando estriba
por largo curso en ella su corriente,
y a la segur del labrador valiente
se humilla el pino y la arrugada oliva.

De su fruto el caudal la palma altiva
rinde, aunque tarde, a la africana gente;
viene el novillo al yugo, y la serpiente
a la voz del encanto se derriba.

Fabrica un escultor una figura
de un mármol duro, de una piedra helada.
y viene a tener ser lo que no era.

Y por más que mi amor vencer procura
una mujer hermosa y delicada,
con ser mujer está rebelde y fiera.

Esta composición se debe nada menos que a la pluma de Lope de Vega. A primera vista parece que se trata tan sólo de lírica lamentación ante una desdenosa que no corresponde al ferviente amor del poeta. Empero, hay cosas en el soneto que me hacen desconfiar de su aparente inocencia. En primer lugar, la abundancia de simbolismos fálicos («segur», «pino», «palma», «serpiente»), y esas alusiones a la «piedra helada», así como una serie de acciones

verbales en las que brillan transparentes analogías de colorido sexual («romper una peña», «se humilla el pino y la arrugada oliva», «la palma rinde su fruto, aunque tarde», «la serpiente se derriba a la voz del encanto», «mi amor vencer procura»); además, la fama de amante afortunado que con justo merecimiento alcanzó nuestro Fénix de los Ingenios—¡aquel magnífico «Diablo harto de carne»!—, y, por último, el hecho curioso de que este soneto haya permanecido inédito, pues su autor no lo dió jamás a la estampa. Fué Blanco-Fombona, cuando dirigía la Editorial América, en Madrid, el que se preocupó de publicar una serie de composiciones desconocidas de autores clásicos, extrayéndolas de manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional. Este recato de Lope de Vega con un soneto, en apariencia inocuo, es sintomático de que debía significar mucho para él, quizá la experiencia desagradable frente a un caso de frigidez. A lo menos, permítaseme dejar planteada así la conjetura.

El tema de la homosexualidad lésbica ha sido también abordado por Domenchina en otro libro (*El tacto fervoroso*, Madrid, 1930), del cual es la siguiente décima:

L E S B O S

Urde sus lazos infestos
la tribadera salaz,
halcón de garzas, mendaz,
que enliga inicuos pretextos.
Interpretación de textos
sáficos, de clave hermética
para la ansiedad estética
de la dulce catecúmena,
donde muerde la energúmena
cogollos de dicha herética.

La décima está bien y tiene ese garbo desgarrado de Domenchina; pero desde el punto de vista psicopatológico su valor es escaso o nulo. En realidad, no es más que una diatriba, bastante violenta, por cierto, en la que tilda de «salaz», «energúmena», «inicua», «mendaz» y «herética» a una mujer que no es, al fin y al cabo, sino una pobre enferma del instinto y de la afectividad. Todo ello en el transcurso de diez versos octosílabos, que si sólo se intentaba lanzar dicitrios, no cabe duda que han sido bien aprovechados. No; Domenchina no estuvo en esta ocasión comprensivo ni misericordioso. El problema de la homosexualidad—tanto en un sexo como en otro—ha de ser enfocado con mayor alteza de miras. El homosexualismo es lacra que, desventuradamente, crece en nuestra época de modo pavoroso; pero si se habla de él, como de cualquier mal que tenga remedio, no podemos contentarnos con detener nuestros esfuerzos ante esa «clave hermética» a que alude el poeta—y, por consiguiente, incomprensible e indescifrable—, sino que hemos de hacer cuanto podamos por comprender sus causas e investigar la génesis del trastorno. Opina Adler que el homosexualismo es un fenómeno de *huída ante la mujer*, interviniendo en él componentes tales como la desvalorización de la compañera. Si el poder de la mujer ha sido irrealmente sobrevalorado, puede engendrarse una sensación de inferioridad, frente a la cual el hombre se podrá inclinar hacia la perversión como tentativa para restablecer el equilibrio destruído por su sentimiento de «minusvalía». Es curioso que en muchas actitudes varoniles de voluntario alejamiento de la mujer, en las que se invocan las más variadas razones,

pueden latir en el fondo tendencias—seguramente inconscientes—de homosexualidad. Véase, por ejemplo, el siguiente romance:

Tiembo el yugo del casado,
que es una costosa empresa
obligarse un hombre a ser
de una mujer dueño y dueña;
es la mujer un enigma,
que aunque después salga buena,
el que con ella se casa
la adivina, y no la acierta;
mujer, dos veces mujer
un mártir marido lleva,
que pesa cuando es pesada,
y cuando es liviana pesa
y porque haya distinción
entre lo que hay diferencia,
en su estado a cada una
gradúo de esta manera:

No codicio las casadas,
que cuando a franquearse llegan
son ya sobras de otro gusto,
platos de segunda mesa;
y no es bien que cada noche
con todo un marido duerman
y que a la mañana yo
lleno de escarcha amanezca;
no me apetezen las viudas,
porque sin razón ostentan
en madureces de otoño
un poco flojas las piernas;
y alhaja que cuando muere
el marido aún la deja
por manda, ¿quién ha de haber
que la acepte por herencia?

Iba a decir que me tiran
más las señoras doncellas;
pero están fuera del mundo
y no hay quien hallarlas pueda;
las solteras no me prenden,
porque como andan tan sueltas

que ellas se pierden por todos,
¿quién se ha de perder por ellas?
Madrugue, pues, el cuidado
donde el peligro se acerca,
que en el golfo de Madrid
hay atractivas sirenas;
y así, quien con ellas cauto
y cortés seguir intenta
seguro rumbo, negado,
y fatales inclemencias,
ni extremo sea en amarlas,
ni extremo en aborrecerlas,
ni viva con ellas mucho,
ni viva mucho con ellas...

El romance anterior se debe a Tirso de Molina, y fué exhumado por Blanco-Fombona en la ocasión ya citada anteriormente (*Cancionero*, códice 3.691, letra M, Manuscritos de la Biblioteca Nacional). Se da en él idéntica circunstancia que en el soneto de Lope, es decir, haber permanecido rigurosamente inédito. No pretendo—¡libreme Dios!—descubrir nada anómalo en Fray Gabriel Téllez, nuestro inmortal humanista y dramaturgo, del cual, por otra parte, y aunque vistió hábitos, se cree que su juventud debió ser bastante agitada y que en ella hubo de sentir vivamente el influjo de las pasiones; ni falta tampoco quien sospeche que estuvo casado, aunque no existe ningún documento que así lo acredite, siendo igualmente desconocidas las causas que le indujeron, ya en edad madura, a tomar el hábito mercedario. Sin embargo, es notable la forma en que el romance ensarta toda clase de razones capciosas para pintar esa actitud de «huída ante la mujer», de que habla Adler. En tal sentido, y sólo a título de curiosidad, posiblemente instructiva, le he traído a colación.

Por mi parte, también le he dedicado dos sonetos al problema del homosexualismo; es el primero, si no un anate-ma, sí, al menos, una lamentación en tono mayor, en tanto que el segundo trata de llevar la cuestión al terreno de la psicoterapia, que es, en fin de cuentas, lo único importante ante cualquier mal: tratar de remediarlo, si es posible. Ambos van a continuación:

NUEVA SODOMA

1

¿Hombres? Puede que sí... Pantagruélicos
gozadores de gulas y bebidas...

(Y esos otros, de apenas escondidas
lascivias y mirar mefistofélicos...)

Tres potencias del alma convertidas
en lozadal de ansiosos eutrapélicos.
(Los supradiafragmáticos, famélicos,
desangran su vergüenza en cien heridas...)

Lesbianas, marimachos, invertidos.
lacras y aberración... Contrasentidos
de una etapa que hiede a tragicómica.

París, Madrid, Berlín... ¡Nueva Sodoma,
tu horrendo emporio acaso se desploma
bajo una diminuta bomba atómica...!

2

Pero ¿es vuestra la culpa, desdichados?
Más de la sociedad incomprensiva
cuando os niega—crueldad en carne viva—
una oportunidad de ser curados.

Arbitraria y fatal vida afectiva
os dejó a lo perverso encadenados;
sin terapeutas aptos, condenados
a no conocer otra alternativa,

¿Psicoanálisis? ¡Bah! Erotofilia

o sectario y procaz pansexualismo,
incompatible con moral católica...

(Y desdeñando a Freud con esa homilia,
sumidos en cerril puritanismo,
el mal adquiere dimensión diabólica...)

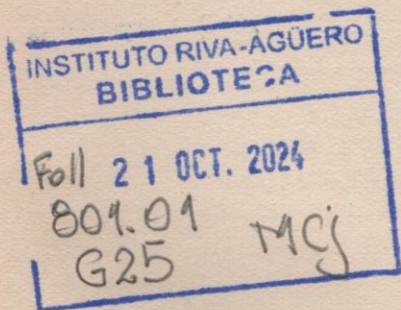
Aún me queda bastante material recogido, pero lo dejaremos para mejor ocasión. En parte, porque llegando a este punto advierto que la conferencia va siendo demasiado extensa, en parte, porque el tema de la locura (al cual se refieren muchas de las composiciones coleccionadas) entra de lleno dentro del campo psiquiátrico, y no estaría a tono con el título de este trabajo.

En consecuencia, opto por terminar aquí. Solamente me queda disculparme por la audacia de haber mezclado mis pobres versos con los de famosos autores; si lo hice así fué porque, conocedor de algunos problemas, estaba en condiciones de hacer en un momento dado mejor puntería que los poetas no versados en cuestiones psicopatológicas. Y no debía desperdiciar esta ventaja, en aras del objetivo: que no es otro, en definitiva, sino recordar cosas sabidas y hacer un poco de labor divulgadora.

Por otra parte, no se pueden negar las virtudes didácticas del verso. Basta recordar que en la escuela conseguimos aprender en textos versificados nociones geográficas e históricas que luego, al correr de los años, se conservaron indelebles en los rincones de la memoria. Esa ventaja nemotécnica que proporciona la musicalidad de la rima, también he querido aprovecharla.

Y, en fin, aunque solamente haya conseguido distraer unos

minutos a mis oyentes, habré logrado, con creces, mi propósito. Y esto último ya es más fácil, pues la poesía es un tan excelso pasatiempo que le ha permitido a Jacques Maritain escribir estas palabras: *La poésie est à l'art comme la grâce est à la vie morale.*



LAUS DEO
M A D R I D
SEPTIEMBRE 1954

Foll
801.01
G25

